

TRAVEL + LEISURE

EN ESPAÑOL | SEPTIEMBRE 2007

México

MONTREAL

EUROPA EN
AMÉRICA

**MYANMAR
& LAOS**

MAGIA SIN
FRONTERAS

PUNTA MITA
ESPLENDOR NAYARITA

SICILIA
LA NUEVA
VIEJA ITALIA



+
HOLBOX
BUENOS AIRES
GRYTHYTTAN
NAPA Y SONOMA
RÓTTERDAM
KATMANDÚ

~ PUNTA MITA ~

CÚSPIDE DE BAHÍA DE BANDERAS



Propiedades valuadas en millones de dólares, un hotel sin comparación y un sinfín de recursos naturales que enriquecen al buen vivir en la RIVIERA NAYARIT, son experimentados por *DAVID DÍAZ*, sin ningún tipo de límite.

Fotografía ALEJANDRO SALDÍVAR
Moda MILLY, Punta Mita Collection

Proa de la

Península

Hoyo 3B del
campo de golf de
Punta Mita.
Página opuesta:
comedor de la
casa Palmasola
del arquitecto
Manuel Mestre.





Punta Mita

Sumergirme en la historia de Punta Mita—localizada en Nayarit, a 45 minutos de Puerto Vallarta, Jalisco—resultó fundamental para comprender sus raíces como desarrollo inmobiliario y turístico; fue desnudar, previo a mi viaje a este destino, un pasado tan rico como inmenso en aspectos naturales, culturales y de comercio.

Evidencias arqueológicas indican que esta zona perteneció al Epiclásico o Posclásico temprano, entre los años 900 y 1200 d.C.; su ocupación continuó hasta la Conquista Española. Sus pobladores fueron grupos de concheros que tuvieron intercambios desde Ecuador hasta Nuevo México, de donde traían la turquesa, aunque no está bien definido si llegaba por mar o por el Altiplano. Su decadencia se presentó cuando las rutas comerciales con el Altiplano se desplazaron hacia el sur, rumbo a las costas de Colima y Michoacán.

A pesar del ocaso y abandono paulatino, Punta Mita se mantuvo con el paso de las décadas como un lugar de pescadores hasta que en los años 90 un grupo de desarrolladores decidió transformar a este destino en un espacio único para vivir y descansar, con pequeños y grandes lujos enmarcados por una naturaleza fantástica.

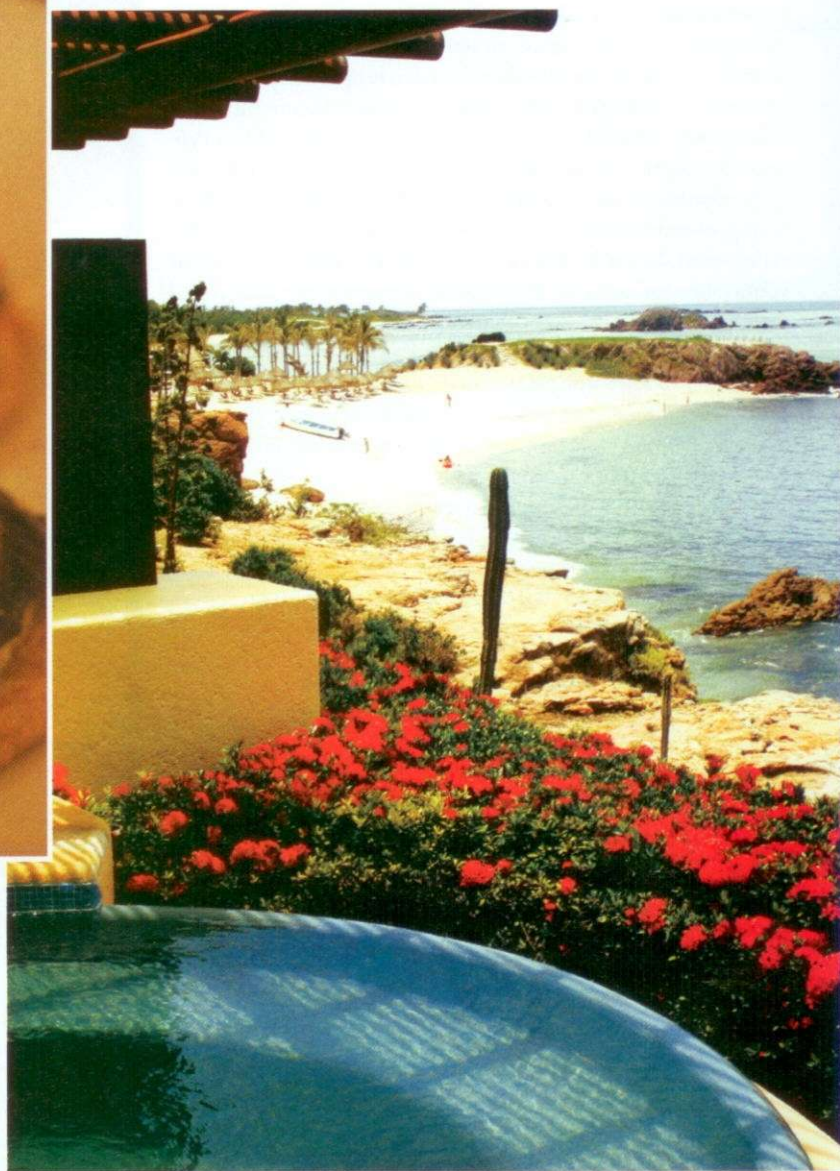
Sobre ese pasado, Enrique “Patás” Aldrete, uno de los empresarios pioneros de Punta Mita, y actualmente director general de Desarrolladora Gerónimo, me compartió: “Eran los años sesenta, tenía yo 23 o 24 años, y adoraba acampar en sus playas o volar en avioneta para contemplar su mar coralino, pero la verdad nunca imaginé su potencial como destino turístico”. Décadas después, en 1990, Enrique se asociaría con Dine—hoy firma propietaria y desarrolladora de Punta Mita—para planificar lo que finalmente se convertiría en uno de los *resorts* más singulares de México; sin embargo, por “cuestiones de negocios” Aldrete se separó unos años después de la sociedad.

Es exactamente hace diez años, en 1997, cuando este desarrollo—cuya extensión es de 1,500 hectáreas, con un perfil de baja densidad, y donde siempre se ha pretendido respetar al máximo el ecosistema—empezó a construirse formalmente.

“Las primeras aperturas se dieron en 1999 con el Four Seasons Resort y El Four Seasons Golf Club e inmediatamente después redoblamos esfuerzos en la venta de lotes y propiedades inmobiliarias”, comentó Andrés Rossetto, director general de proyectos turísticos de DINE, horas antes de mi partida a Punta Mita. Asimismo, Rossetto confirmó la apertura del



Imperio de los sentidos De izquierda a derecha: música y tequila a ras de playa; sopes de camarón del restaurante Ketsi del hotel Four Seasons Punta Mita; terraza y vista de la One Bedroom Ocean Front Suite.



hotel St. Regis entre mayo y julio de 2008 y de otra propiedad operada por Four Seasons, La Solana, tentativamente en 2009.

Tras este “chapuzón histórico” emprendí mi travesía a tan prometedor lugar. Tras aterrizar en el aeropuerto de Puerto Vallarta, tomé la carretera número 22; durante el trayecto se cruzan atractivos e interesantes destinos como Nuevo Vallarta y La Cruz de Huanacastle. Este lugar, por cierto, recomiendo visitarlo –se encuentra a 20 minutos de Punta Mita– por lo pintoresco de sus playas y la riqueza de su gastronomía.

La entrada de huéspedes y propietarios, ubicada a un costado del camino, es muy sencilla y discreta. No me imaginaba, mientras el personal de seguridad anotaba los datos de mi camioneta, el edén vacacional y habitacional que me esperaba.

Previo a mi estancia en el Four Seasons, había decidido recorrer los diferentes desarrollos inmobiliarios (y hospedarme en uno de ellos, Four Seasons Private Villas) que integran a Punta Mita: Las Palmas, Los Ranchos, Porta Fortuna, Las Terrazas Golf Villas, Hacienda de Mita, El Encanto y Kupuri.

La villa que me asignaron –prácticamente una casa– fue la número 12 (son quince en total). Puede hospedar entre ocho y doce personas; está integrada por una sala-comedor, cocina, patio central, terraza, alberca con vista al Océano Pacífico y cuatro habitaciones. Ante mi obligada soledad y amor por los grandes espacios, me asigné la *master suite*, cuyo máximo don, independientemente de su sala, baño con regadera al aire libre, terraza y alberca privada, es un escritorio de fina madera con una ventanita que tiene una extasiante vista al mar y desde donde –según me juró Bismark, un joven muy atento, coordinador de la villa– “se pueden observar las ballenas en los meses de invierno”.

Habitar o recorrer estas zonas residenciales y de condominios es zambullirse en un universo de privacidad, descanso absoluto y un contacto directo con el mar y la naturaleza que se mide en miles de dólares; cifra justificable por el costo beneficio de gozar de una calidad de vida enmarcada no sólo por valores materiales.

De las zonas que más me conquistaron fueron Los Ranchos, en particular una casa llamada Papelillos—una fuente anónima me asegura que hace unos meses Cameron Díaz y un grupo de amigas se hospedó allí—. La renta diaria aproximada de este inmueble es de US\$ 15,000 según me detalló Lynne Bairstow, directora de mercadotecnia y operaciones de Punta Mita Properties, quien a su vez afirmó que la renta mínima de una propiedad en esa área residencial es de US\$ 6,000 diarios. Pero si se pretende adquirir una de estas casas, imposible, todas están vendidas, sólo está la opción de alquiler. Y es que las ventas inmobiliarias en Punta Mita registran una alza anual promedio de un 15 a 20 por ciento, señala Bairstow.

El desarrollo más nuevo es el de Kupuri. Se compone de no más de 15 lotes que están a la venta a un precio superior a los US\$ 7 millones con beneficios “extraterrestres”—por construirse— como club de playa privado y un teleférico con dirección a una montaña cercana.

Pero si se busca algo más accesible—no creí encontrarlo— está Las Terrazas Golf Villas, amigables y modernos condominios localizados frente al campo de golf cuyo precio de renta parte de los US\$ 550 diarios y su adquisición no supera el US\$ 1 millón.

~FOUR SEASONS RESORT~

Mi capacidad de asombro estaba a prueba tras habitar en tan exclusiva residencia; tocaba el turno al Four Seasons Resort Punta Mita.

La primera sensación que tuve al entrar al *lobby* del hotel insignia de Punta Mita fue de haber llegado a una versión mexicana de la Isla de la Fantasía, donde, en medio de una extensa vegetación y colmado de lujos, confiaba en lograr desconectarme del mundo. En lugar del simpático Tattoo, me recibió, un discreto joven con una toallita refrescante y una bebida de frutas que me supo a gloria ante el sofocante calor. Bienvenido a la vida escuché decir en mi interior.

El Four Seasons Resort Punta Mita posee 141 habitaciones calificadas como *casita rooms* y 32 *suites* (entre las que sobresalen Arena y Coral, de cinco cuartos, por un precio por noche de US\$ 10,000 y US\$ 15,000 en temporada alta), distribuidas en construcciones de uno hasta tres niveles, bajo un estilo muy mexicano, mezclado con detalles que rayan en lo moderno. Entre lo más novedoso está el edificio Oasis, integrado por 21 *casita rooms*, rodeadas de forma muy original por un río de cauce tranquilo.

Mi habitación se localizó en el edificio Estrella (y vaya que me llegaría a sentir fuera de órbita) entre el Sol y el Ola; una *one bedroom ocean front suite* con un pequeño comedor circular, sala, un baño y medio, dos televisiones de plasma y, lo máspreciado, terraza con hamaca y una pequeña piscina que retaban al mar, y donde horas después viviría un atardecer sublime, de los que calan en el alma y que me permitió tocar el cielo sin despejarme de la tierra.

Para trasladarme dentro del *resort*—distancias no superiores a un kilómetro— podía caminar y así bajar unos kilitos de peso o solicitar a la recepción una especie de carrito de golf conducido por verdaderos ases del volante. Durante mi estancia alterné ambas opciones, aunque lo más gratificante era ir a pie



BANDERAS de Punta Mita

Tacto visual De izquierda a derecha: puente a la playa de casa Palmasola; habitación del hotel Four Seasons Punta Mita; escultura a pie de mar de Feliciano Béjar.



perfil de baja densidad y respeto máximo al ecosistema

GUÍA A PUNTA MITA



DÓNDE HOSPEDARSE

Four Seasons Resort

Punta Mita, Bahía de Banderas, Nayarit; 329/291-6000; www.fourseasons.com/puntamita/; habitación doble desde US\$ 375.

DÓNDE COMER

Tino's

Mariscos. Avenida El Anclote 64, Corral del Risco, Punta Mita, Nayarit; www.tinosvallarta.com; cena para dos desde \$ 800.

Frascati

Pasta y grill. Avenida Langosta 10, esquina Coral, La Cruz de Huanacaxtle, Nayarit; 329/295-6185; www.frascativallarta.com; comida para dos desde \$ 700.

DÓNDE VIVIR O RENTAR

Punta Mita Properties y Punta Mita Discovery Center

Desarrollo turístico de Punta Mita, Carretera Federal 200, km. 19, Bahía de Banderas, Nayarit; 329/291-6500; www.puntamita.com.mx, www.mitaresidencial.com.

QUÉ HACER

Pesca deportiva

Sociedad Cooperativa-Capitanes Jesús y Rudy. Avenida El Anclote 1, Corral del Risco, Punta Mita, Nayarit; www.prodigyweb.net.mx/cooperativapuntamita/; renta de lancha por hora desde \$ 500.

Golf

Four Seasons Golf Club Punta

Mita. Punta Mita, Bahía de Banderas, Nayarit; 329/291-6000; www.fourseasons.com/puntamita/golf.html; green fee desde US\$ 120 (9 hoyos) y US\$ 195 (18 hoyos).

TIP T+L

Los miércoles y sábados en el Centro Cultural del Four Seasons Resort (329/291-6000 ext.3225) se imparte una plática y se exhibe un video de 25 minutos sobre la historia de Punta Mita. Después se realiza un recorrido a pie de una hora a las Ruinas de Careceros.

para oxigenarme de la flora –perfumada, colorida y penetrante– y escuchar el concierto de un sinfín de aves como las chacalacas (que emiten un canto similar al de un gallo, aquéllas que fueron famosas en la campaña presidencial de 2006).

La actividad de relajación por excelencia en este hotel se centra en los diferentes tratamientos corporales que ofrece el Spa Apuane (nombre huichol, que significa “corriente de agua”), entre los que destacan el masaje maya con fango y el envolvente de lirio acuático. Opté por el masaje “más mexicano”: el Hakali (nopal) –siempre he tenido mucha fe en las propiedades curativas y, claro, gastronómicas de este cactáceo. Más que mis músculos, la gran triunfadora fue mi piel, que gozó de una verdadera rehidratación, tan necesaria cuando se acumulan toxinas por el estrés o falta de ingesta de agua, como suele ser mi caso.

De la gama de albercas y playas que ofrece el Four Seasons Resort Punta Mita, hay dos que se pintan solas: la piscina Tamai, exclusivamente para adultos –adoro a los niños pero de los alborotos que menos soporto es cuando gritan y juegan en el agua– integrada por cuatro albercas rodeadas de un diseño minimalista, de muy buen gusto, con su propio bar y con diez cabañitas privadas a la renta (alrededor de \$2,000 por día) que cuentan con televisión de plasma y una amplio menú de bebidas, entre otras amenidades. Por otro lado, Playa Manzanillas, me resultó un refugio perfecto para contemplar en paz el mar, bañarme de su brisa y concentrarme plenamente en la lectura de *Ensayo sobre la ceguera* de José Saramago. Algo irónico haber optado por este libro, cuyos protagonistas sufren de una inexplicable ceguera que, entre otras prioridades, nos les permite apreciar los grandes tesoros naturales que la vida regala.

Con respecto al *shopping* y la moda, el hotel cuenta con un rincón muy *chic*, integrado por cuatro boutiques, inauguradas este año y cuyos nombres provienen también de palabras huicholas con base al perfil de sus productos: Nakawe (hombre), Neyao (mujer), Nomuchi (niño) y Nawi (cuerpo). Entre las marcas por las que me zambullí se encontraban Zegna Sport, Lacoste y Technomarine y en materia artesanal me sedujeron las piezas de cerámica de Mata Ortiz y las esculturas de bronce de Gerardo Degollado. Muy sugerible esta visita, previo a la cena.

La gastronomía –encabezada desde 2004 por el chef ejecutivo, de origen francés Hervé Fucho– es una de las cartas más fuertes de presentación de este Four Seasons. Mi experiencia culinaria se concentró en sus tres principales restaurantes: Aramara –cocina “chino latino”–; Ketsi –mexicana con un concepto muy casual, donde los tacos fritos de pato confitado con guacamole son muy recomendables–, y Bahía Beach Grill –internacional, prácticamente sobre la playa, con una vista al mar de 180 grados, bajo un esquema de diseño muy contemporáneo, espacio perfecto para brindar en la noche con un *cosmopolitan* mexicano.

En Aramara, mi paladar fue hechizado, de inicio, por una mini ensalada de sandía marinada en cardamomo verde y *dim sum* –*shumai* de camarón y *pot sticker* de langosta; después, una sopa de coliflor al *curry* con ceviche de camarón y una ensalada de mamey con lechugas orgánicas, jitomates *cherry*, nueces caramelizadas y aderezo de jengibre dulce, le dieron vida a mi noche. De plato fuerte, una mantarraya sellada con risotto de pistache y ejotes al *stir fry*. Para cerrar –aunque pareciera increíble llegué al postre– *soufflé* de macadamia y cajeta con salsa de chocolate. El vino fue un Sauvignon Blanc Laroche, Francia, 2005.

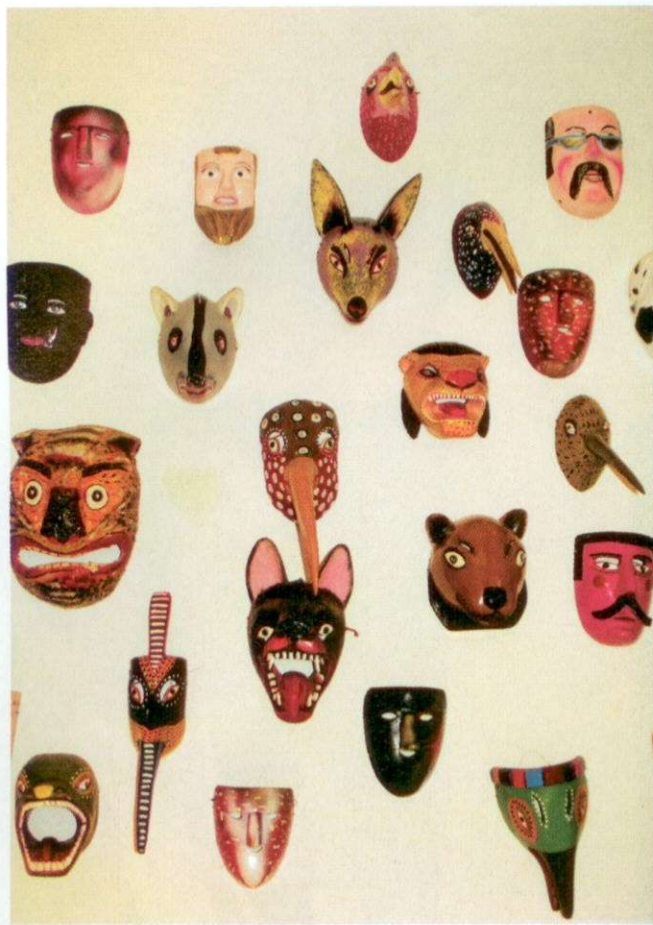
Tras este encanto, me dirigí a la barra del Aramara para degustar en calidad de digestivo una margarita “chino latino” ¡qué bomba!: tequila reposado, amareto, jugo de arándano y licor de naranja. Mientras, sorprendentemente, Los Guaracheros de Cuba amenizaban en vivo el lugar. Entre la rica gama de tequilas que el *barman* más tarde me ofreció, estaba Don Fulano, cuyo *shot* vale \$ 280, ¿qué diría al respecto Don Julio?

En medio de este oasis de placer que irradia el Four Seasons Resort Punta Mita, se presenta un rico banquete de actividades, desde talleres de escultura, clases de yoga, caminatas alrededor de Punta Mita y recorridos en kayak hasta clínicas de velero y la renta por ocho horas de un yate privado –Azimut de 55 pies– por ¡US\$ 5,000!

Como buen amante del deporte y el mar, opté por dos experiencias que estaba seguro iban a alimentar mi corazón: el golf y la pesca. Cerraría así, con broche de oro, mi estancia en este edén.



Vista exterior del comedor de casa Palmasola.



Naturaleza y cultura De izquierda a derecha: máscaras de la tienda para niños, en el hotel Four Seasons Punta Mita; costa oeste de la península de Punta Mita, límite norte de Bahía de Banderas.

PARAÍSO en expansión... un hotel St. Regis

~SU MAJESTAD EL GOLF~

Una de los mayores placeres que desde niño –exactamente desde los ocho años– he disfrutado, es jugar golf. Desde mi llegada a Punta Mita “sudaba de emoción” en la espera de mi *tee time*. Originalmente estaba programado por la tarde, pero una sorpresiva tormenta me dejó vestido y alborotado así que tuve que esperar hasta al día siguiente. Mi cita era a las 8:50 de la mañana, pero media hora antes ya estaba en el *tee* de práctica.

El Four Seasons Golf Club Punta Mita fue desarrollado en 1999 por el maestro de maestros, Jack Nicklaus, el Oso Dorado. “Una de las mayores locuras en mi vida” ha afirmado en más de una ocasión Nicklaus sobre su diseño de este campo de 7,014 yardas, par 72. Y vaya que sí rompió con lo establecido.

Después de conseguir un par y un *bogey* en los dos primeros hoyos, llegué a la principal razón de dicha locura; tenía frente a mi la posibilidad de jugar dos hoyos número 3, el A y el B. El primero cumple su función; el segundo es el más hermoso que he visto y jugado en mi andar en el denominado deporte de reyes.

El 3B es un par 3, de 184 yardas –si uno parte de la mesa de salida azul– con una “pequeña” característica que lo hace uno de los más hermosos del mundo: el *green* está en una isla natural que –vista desde el aire– tiene forma de cola de ballena. Se me cortó la respiración por unos segundos; el reto de juego y el espectáculo natural –engalanado también por unas jocosas gaviotas que rodeaban como guardaespaldas al hoyo– resultaban apasionantes.

Me concentré lo más posible; la brisa era leve, así que opté por mi fierro 5 –de la firma Callaway Fusion– para cruzar “esa pedazo del Pacífico”, pero como truco de magia, como si el océano la reclamara, la bola cayó a unas 15 yardas a la izquierda del islote. Como la establece el reglamento –aunque se me marcaría un golpe de castigo– tuve una afortunada segunda oportunidad... logré cruzar el mar. ¿Y como iba yo a llegar al *green*? Nada de que preocuparse. Si la marea está baja (la profundidad del agua no supera los cinco metros) personal del campo lo transporta a uno por medio de una cuatrimoto especial que recorre un caminito de rocas, construido ex profeso para la misión; si la marea está alta, un carrito anfibio está listo para llegar a salvo a tierra, con todo y tu *set* de juego.

Tras esta original travesía, revitalizado, continúe mi partido. El campo del Four Seasons Golf Club –sólo abierto a huéspedes del hotel o propietarios en Punta Mita– me resultó muy amigable, es un *field* que le da la mano a los jugadores aficionados pero también tiene un grado muy atractivo de dificultad para quienes le siguen los pasos a Tiger Woods. Su *roof* es medio, aunque en algunos hoyos sí está alto el pasto; los *fairways* son muy amplios y hay pocos *out of bounds* –para beneplácito de aquéllos que les gusta arriesgar mucho en sus tiros. Sólo hay un lago natural, que bordea el hoyo 13, el cual por cierto, es el más complejo: se trata de un abrumador par 5, de 521 yardas y resguardado por seis temibles trampas de arena que te hacen la “vida de cuadritos”, subirse de tres golpes es difícil, de dos, imposible; lo logré en cuatro, me tuve que conformar con un *bogey*.

Los *greens*, máxima prueba del golfista y escena de los golpes decisivos, son semilentos –en mi día de juego por mantenimiento les habían hecho un *verti* corte para ponerles una especie de arena– y con pocas inclinaciones; son de clase Champion-Dwarf Bermuda, mientras que los *fairways* son Bermuda T-419.

Punto y aparte son los hoyos finales. El 17 (par 3) tiene un encanto especial, a espaldas de su *green* se aprecia un mar muy coqueto donde aparece el afamado 3B, con una brisa que me relajó hasta el último de los huesos tras el fuerte sol y la ingrata humedad causada por la lluvia del día anterior. Y el 18 no se queda atrás, con el Océano Pacífico como acompañante a mi lado derecho, me inspiré y cerré como diría un entrañable amigo que vive en Cancún “como los grandes” al lograr un par 4.

Pero el oasis golfístico no termina aquí. Está en construcción en Punta Mita otro campo de 18 hoyos, también con la firma de Nicklaus; se calcula abrir durante el primer trimestre de 2008, ¿qué otra sorpresa tendrá planeada el Oso Dorado?

y tranquilizaron mi ansiedad con el argumento de que la pesca no tiene reglas ni horarios, aunque si hay ciertos factores de éxito como la temperatura del agua y principalmente ¡la suerte!

Con la esperanza de por primera vez pescar algo y la inquietud de conocer el preciado archipiélago, la lancha *Ana Lilia* prendió motores bajo el mando de dos verdaderos lobos de mar: Rudy –un cálido y parlanchín austriaco, nacido en Innsbruck, radicado en Punta Mita desde hace 18 años– y su cuñado Chuy, un “Fernando Alonso” del manejo náutico.

La bitácora de navegación indicaba visitar primero las Islas Marietas y después emprender el desafío pesquero. Ocho kilómetros –aproximadamente veinte minutos de navegación– separan a Corral del Risco de tan preciada reserva.

A medio trayecto, justo cuando Rudy me contaba como “una morena lo había atrapado para convertirlo en mexicano” el mar nos regalo dos de sus joyas: enfrente de mí a unos diez metros un delfín nariz de botella saltaba como niño en un *tombing* y de mi lado derecho, a una distancia más lejana, una tortuga, astuta, sumergía su cara en busca de alimento.

Las Islas Marietas son un paraíso varado en el Pacífico. Superaron mis expectativas, así que la conquista fue a la inversa. Su belleza es salvaje; plasmada de acantilados de rocas blanquecinas y arrecifes rocallosos con peñascos salientes. Están constituidas principalmente por dos islas: La Redonda, de 54 metros de altura, con una longitud aproximada de un kilómetro, y La Larga, de 43 metros de altura y de poco más de un kilómetro. Son refugio de diversas especies de aves marinas como la gaviota ploma y la golondrina marina real; pero el alma de la fiesta son los bobos de patas azules, simpáticas pero egocéntricas aves que colman las Marietas. La respuesta de Rudy sobre la amabilidad de este especie fue concreta: “mientras no des un sólo paso en la isla te respitarán, pero si lo haces prepárate para una gran mordida”.

y otro campo de Nicklaus abrirán en 2008

~REGALOS DEL PACÍFICO~

La última vez que había salido a pescar fue hace cinco años en las costas de Manzanillo. Honestamente, la pesca deportiva demanda un alto nivel de paciencia que mi personalidad hiperactiva no acostumbra alcanzar.

No obstante, la oferta náutica que se me presentaba desde Corral del Risco (pueblito pesquero ubicado en las inmediaciones de Punta Mita, también muy recomendable para comer) era muy jugosa y no sólo implicaba retar a una amplia diversidad de peces sino también visitar las Islas Marietas, pequeño archipiélago declarado como Reserva Ecológica Nacional de México en abril de 2006 y que es uno de los principales santuarios reproductores de la ballena jorobada –el mejor lugar para observarlas es a 18 kilómetros al oeste de las islas, mar adentro, en el área de las rocas denominadas El Morro y La Corbeteña; la época ideal es de noviembre a marzo.

Mi escasa experiencia como marinero me indicaba que la mejor hora para salir a pescar era muy temprano por la mañana, alrededor del amanecer. Estaba un poco equivocado. Los responsables de la embarcación me citaron a las nueve de la mañana

Ante tal advertencia y la prohibición de las autoridades de pisar tierra, continuamos el paseo por la reserva, que me impactó especialmente por sus múltiples acantilados, grutas y cuevas. De éstas últimas, hay una muy singular donde puedes nadar y que, según Chuy es catalogada como “la del amor”, porque siempre que “entran dos salen tres”.

Tras esta visita relámpago navegamos un par de kilómetros hacia el norte en búsqueda de una zona ideal para pescar. El “menú” de peces en esta agua del Pacífico es muy tentador: dorados, sierras, gallos, marlines azules, atún aleta amarilla, huachinango y cabrillas. Con el respaldo profesional de mis compañeros de viaje, en tres ocasiones picó mi anzuelo, sin embargo, la dos primeras resultaron racimos de lirios perdidos en altamar, y ¿la tercera? un simple pargo piedrero, de no más de 25 centímetros de largo, el cual, sin dudarle, regresé a su hábitat. En fin, una pesca es una pesca “no importa sus dimensiones, muchos en ocho horas salen con las manos vacías” me comentó Rudy durante nuestro regreso al pequeño muelle de Corral del Risco.

Unos metros antes de atracar mi “testaruda” mente imaginó de nuevo a Tattoo, pero ahora con el señor Roarke, esperándome para agradecerme (más bien yo agradecerles) mi visita a la fantástica Punta Mita. ✚